

Poema

Eduardo Quintero Galindo

I

Uno se hace viejo cuando el corazón se oxida, cuando se renuncia a las utopías,
cuando la vida se transforma en cosa seria
y las sonrisas se acobardan y amohinan.

Uno se hace viejo cuando el cuerpo se paraliza, cuando se anda a tientas deambulando
por las mismas calles conocidas,
con la mirada errática y desencajada,
con los labios taciturnos
y con sentimiento de extravío.

Los estragos del tiempo son volvernros temerosos e inseguros,
especuladores de catástrofes futuras que seguramente nunca llegan,
acumuladores de arrepentimientos y resentimientos hacinados
en el habitáculo de la memoria.

Nos hacemos viejos cuando a nuestros actos se antepone el juicio ajeno,
sobre todo el propio, que es el más severo,
y es un síntoma innegable de vejez hacerse uno mismo morada,
asentarse en las verdades alcanzadas
y creer que el mundo orbita alrededor de ellas.

La vejez es la medida, es el desánimo,
el discurrir perpetuo hacia el pasado,
el desgaste de las ilusiones,
es ser pasajero de un expreso hacia la nada,
es el paren que yo aquí me bajo,
es dejar a las pasiones huérfanas y abandonadas.

La vejez alcanza a todos de manera irremediable,
pero se aligera si en la tierra fértil de la vida
se cultiva la semilla del mañana,
si sembramos flores,
si cortamos el canto
como fruto del árbol de la zozobra,

si uno fluye como arroyo por el tiempo
en lugar de retenerlo.

La vejez se ahuyenta con el sorbo del asom-
bro, si abrazamos la belleza que hay en los
detalles de lo cotidiano,
rehuye al vértigo de un devenir incierto,
a la resistencia de vivir la vida con los ímpetus
agazapados, con la libertad domesticada y la
palabra silenciada.

La vejez se aprende como tantos otros vicios
que se arraigan en nosotros con los años,
no hay camino que lleve a desaprenderlo,
lo único que queda es reconocer cuando
aparece el viejo que todos llevamos dentro,
ponerle una cara amable,
palmear su espalda en señal de entendimiento
y esperar que su encono se aligere lentamente.